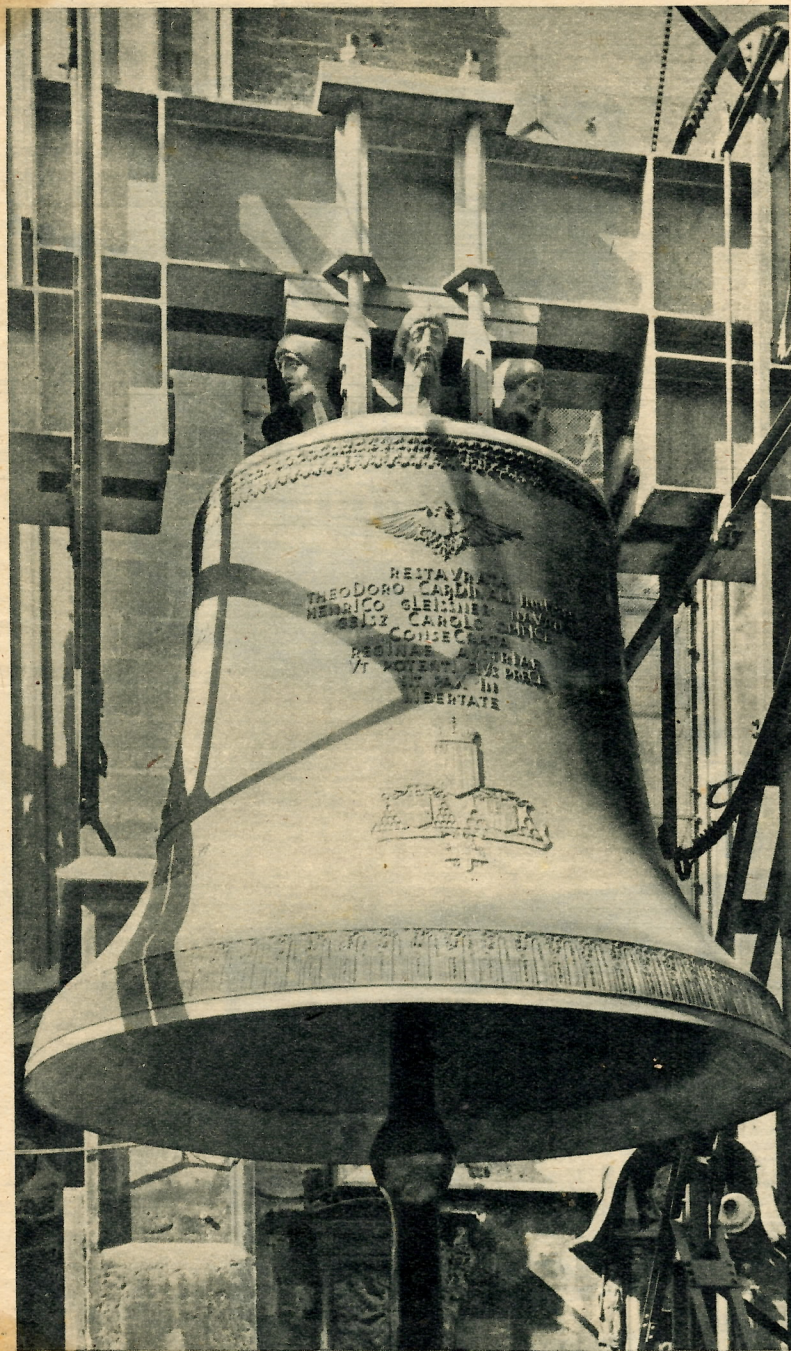


REPORTAJES
VIENESES

HAY EN VIENA UNA CAMPANA...

por MIGUEL
MASRIERA



La «Pummerin» antes de ser subida a la torre de la Catedral

«La campana de mi pueblo, si que me quiere de veras; se alegró cuando nací, llorará cuando me muera». Né muy bien por qué este cantar, se había oído en mi niñez al prop Melchor de Palau, me ha causado siempre una profunda impresión. Quizá la misma ingenuidad de decir popular, que a veces sabe presar con sencillez verdades eternas y cosas humanas fundamentales, quizá la gracia breve de un asonar bien rimado. Sea por lo que se siempre me han interesado las campanas. Con el correr de los años he leído mucha literatura sobrellas, lo que quizá ha aumentado el horror por la literatura «de camillas» que es precisamente todo lo contrario. Y también las exigencias del oficio me han hecho saber poco de técnica metalúrgica, de los misterios de la fusión del bronce y el estaño, de raras y casi sectas aleaciones que constituyen el estrodozioso metal de campanas, en donde a veces se anudan los progresos de la técnica más moderna con rebios medievales de fórmulas mágicas y ritos místicos.

También la física, concretamente la acústica, tiene mucho que decir en el problema de las campanas en donde siempre en último extremo, hay algo que no puede resolverse con datos de laboratorio. Y es que aunque hay un problema principal, que es el de la nota básica, igual al del diapason — un diapason gigante, claro está, puesto que viene a ser una campana —, ha una serie de factores menores y muy complejos que determinan los maticos, es decir, el timbre, otro que determinan la persistencia, etc. Estos factores son tantos que en la fundición de una campana, y siempre un algo de imprevisible que puede conducir al éxito o al fracaso y que hace que la campana sea un arte. Aunque la ciencia acuda aquilatando cuidadosamente la composición metálica, controlado con esmero las circunstancias de la fusión, el enframamiento y el eventual temple, así

como la forma geométrica, probablemente cuestiones de estructura macrocristalina del metal (las mismas que determinan las cualidades, tan bien estudiadas hoy, del acero) hacen que todavía en nuestros días la fusión de una campana sea una incógnita. Y aunque parezca extraño, aún hay quien no cree inútiles, en el momento del moldeado, las

una tradición histórica tienen una o varias campanas que también lo son. En Barcelona todos recordamos la célebre «Tomas» (todas las campanas están bautizadas y suelen llevar nombres femeninos); en París tienen las de Notre Dame y las más modernas del Sagrado Corazón; en Londres las de la abadía de Westminster y el Big-Ben, etc. Viena tiene también la suya o, mejor dicho, la vuelve a tener desde hace pocos meses: es la *Pummerin*, quizá la campana más célebre de Europa, ligada íntimamente desde hace cinco siglos a la historia de la capital del Danubio. Desde la última gran guerra, en que se había desprendido de su lugar, en lo alto de la torre de la catedral de San Esteban, la enorme mole de bronce estaba muda. Tuve la suerte de asistir a la catedral la primera vez que lanzó de nuevo sus tañidos. Fue una fiesta que no olvidaré jamás.

TRES CAMPANAS: ABUELA,
MADRE E HIJA

La actual *Pummerin* es la tercera campana vienesa que lleva este nombre. La primera remonta al año 1472. La fundió un artesano de la época, un tal Félix Fabion, y durante tres siglos ocupó el lugar de honor en lo alto de la torre de San Esteban. Y, más de una vez, en aquellos calamitosos tiempos hizo sonar su voz de alerta para advertir a los buenos vieneses que los turcos asaltaban la ciudad. Sentimos decirlo, pero así lo cuentan las crónicas de aquellos tiempos, esta campana no había salido muy bien lograda; parece que su sonido era algo ronco y al pobre fundidor se le hicieron muchos reproches. Quizá no había cumplido bien con todos los ritos; no debemos olvidar que en aquella época todavía se hacían pender de las campanas astas de ciervo porque se creía que tenían la virtud de alejar los rayos. En efecto, en los bosques vieneses no se había encontrado nunca un ciervo fulgurado por el rayo...



La Catedral de San Esteban

consultas astrológicas, los talismanes mágicos o las invocaciones de espíritus que tanto han influido en la literatura de la campana. Muy particularmente en la de lengua alemana, ¿quién no recuerda la «Canción de la campana», de Schiller, o «La campana sumergida», de Hauptmann?

«PUMMERIN», LA CAMPANA
VIENESA

No son sólo los pueblos; todas las grandes ciudades que se precian de